

J. Lagos Lisboa

MI CASA



OMAR un día el tren, y por Semana Santa, llegar al pueblo recogido, abrir la puerta del hogar sin ruido y besar lento su cabeza cana.

¡Madre, ceñida claridad de arcana melodía ancestral, tiempo y olvido!
(Todo en mi parvedad quedó vertido:
selvas de ayer y alondras de mañana).

Ser tu experiencia a mi experiencia unida,
cercar con ella el ojo aventurero,
gustar la pena, regustar la vida,
hacer dormir a ensueño plañidero
y comprender que sólo en la escondida
veta, el metal se purifica entero.

HAS DE SEGUIR...

Me voy desconociendo. Ya no arguyo
con la querella ni hablo al arrebol,

pero en la oliva a madurar confluyo
y en el lagarto me caliente al sol.

Duermo en la selva, y me aletargo, y fluyo
agua asombrada o lerdo caracol,
y húmedo aun de Dios, reconstituyo
—barro que funde sueños—mi crisol.

Cruzado, tú, de lágrimas y vuelos,
sé el aire absorto, pero sé el latido
que ara el silencio y siembra sus desvelos.

Y si en cualquiera aguada sumergido,
te tragara la tierra, de los cielos
has de seguir latiendo suspendido.

YA EN PAZ

Labriego ingenuo, campesino triste
sin tierra y sin doblones, fui el mediero;
y al finar la cosecha, mi aparcerero
requisó el trigo y me asignó el alpiste.

¿Qué hacer? Había que vivir! Mis sombras
las dí en prenda a la Luna, y de su plata
de ley tan fina y de ilusión tan grata,
me hice una jaula y la poblé de alondras.

¿Gané? ¿Perdí? No sé. Pero en canciones
le he pagado a la Luna... Y como aprisa
me va cercando el término, mi mustia

vida, ya en paz, liquidará sus dones:
¡Probad, rosales, mi jovial ceniza!
¡Vientos del norte, navegad mi angustia!

LA VERDAD

Proclamó el sabio: ¡Oh, Júpiter! Yo le arranqué al
[Obscuro
la verdad para gloria tuya en la Humanidad.
Y yo,—sumó el guerrero—de tu nombre al conjuro,
decapité sacrílegos; impuse la verdad.

El Dios le dijo al sabio: he de amarrar los vientos
para que no desvíen la luz de otro candil
hacia tu espacio... y sea tu verdad!

Por tus cruentos
fervores,—al guerrero—ciñe tú esta febril
espada ineluctable, tallada en luz de Marte.
¡Olímpicos volvieron los dos! Les retozaba
por las barbas helenas sol de inmortalidad.

Un labriego, cantando, laboraba su parte
de tierra. Ellos no vieron eso que en él cantaba...
¡Y allí, arando la tierra, se quedó la Verdad!

YA SE,...

Vive a mis altos vértices unida
una inarticulada remembranza,

eco de un eco que a sonar no alcanza,
luz de una luz por el dolor pulida.

¡Iris en sombra a veces, o buída
salmodia errante, o dardo en acechanza;
niebla morosa o viento que no alcanza
a ser tormenta y desasir mi vida!

¡Mensaje en signos de inquietud grabado!
Yo con mi sed de arcanos, dolorido
te busqué sin hallarte! Y lado a lado

de ti, mi ciencia, al fin, te ha comprendido.
¡Hoy ya sé cuánto vales
sordo a mi voz y ciego a mis señales!

ABSORCION

¡Viento del mar que en mis almunias llamas!
Mi soledad, por ti se hace recodo
cálido, y te respiro y te acomodo
a la efusión plural con que me inflamas.

De mi alma y de la tuya las dos flamas
se han ido intertomando de tal modo,
que en la congoja, en el cantar y en todo
es con mis hondas sílabas que clamas.

Mas voy siendo tu víctima. A tu instancia,
si añoro el alma de mi ayer, tú, viento,
me echas tu red y absorbes su fragancia.

Hoy, soledoso y árido... presiento
que en ti también mis lágrimas se han ido...
Yo, el mismo, ¡ahora en tu humedad transido!

VESPERO

Tuve de las tormentas y el lucero
y al opaco vivir dije el remoto
mensaje astral. Desfundé mi acero,
sembré mi anís y amurallé mi soto.

Para el viaje lustral cabe lo ignoto,
trenzo mis jarcias, labro mi velero...
¿Veis? Ya no canto: anoto
cifras que son silencio verdadero.

Blancas las sienas, voy día tras día,
estrangulando la ilusión... ¡y esplende
de otra ilusión la antigua pedrería!

¿A qué el ensalmo? ¿Por qué un alba asciende
después de cada noche, y todavía
Dionysos vive y mis paredes hiende?

JORNADA INUTIL

LA PARTIDA

Eramos once. Fuimos de cuatro eontinentes hasta Saigón. Zarpara de allí el bajel-velero más que con once mozos, con lírico hervidero de sueños insensatos gestándose impacientes.

Hastados de las turbias aventuras corrientes «Está en el mar, dijimos, el Amor verdadero. ¡Las Hadas... Las Nereidas...! ¿Quién duda? [Nuestro fuero de amantes temerarios nos hará suficientes».

Corrimos cinco mares. Y un día... «Fracasamos!» el capitán, vencido, declaró:—Pues yo os juro que he visto anoche, amigos, el Amor que buscamos!

dije.—Fosforecencias! arguyó Omhir.—O puro reflejo de un meteorol gruñó otro tal. Volvamos! Y es triste... Yo no estaba de mi verdad seguro.

EL REGRESO

No más la noche inmensa ni la tormenta recia; no más trepidaciones en la ansiedad y el barco; no más ya las quimeras encintas bajo el arco del cielo y de los vientos libres de Polinesia.

—¿Colón? ¿Dakar? ¿Marsella? — Sea Shanghai la
lamnesia

de la incursión ilusa . . . Shanghai! aceptó parco,
el capitán; y anclando de Shanghai cabe el marco,
trocamos el velero por monedas y especia.

Flamantes y animosos reyes de oro y espadas,
y amos de una taberna, —diónos Luzbel la llave—
se brindó en el ambiente, rico de humor longevo,

por la tierra y el vino, por las hembras gozadas!
Cuando llegó mi turno, dije, resuelto y grave:
Se ha trizado mi vaso, capitán. Yo no bebo.